

PQ 6573
T4

Es propiedad.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Á LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE HEREDIA.

HACE años, cuando yo no había compuesto más que poesía lírica, me aseguraba cierto ilustre amigo mio, que ya murió, que mis versos eran de tal calidad, que jamás gustarían á las mujeres, ni habría una siquiera que se aprendiese de memoria media docena de ellos. Esto me afligió de suerte, que dejé de escribir versos y me dediqué á la vil prosa.

Por desgracia, segun opinion de algunos críticos discretos, con la prosa me sucede

010501

exactamente lo mismo. Los mencionados críticos declaran que han dado á leer mis novelas á sus novias respectivas, y que todas las han devuelto sin leerlas, á pesar de la buena voluntad y de los esfuerzos que por leerlas han hecho.

Esto me ha desconsolado más aún. Si las mujeres no leen ni mis versos ni mi prosa, ¿quién los leerá? Yo disto mucho de ser un sabio. Yo no aspiro á enseñar nada. Yo no he descubierto ninguna útil ó encumbrada verdad. Yo no trato de abrir nuevos senderos al errante género humano. ¿Para qué escribo entónces? Por este pícaro prurito de escribir, de que no puedo libertarme.

Así cavilaba yo, y seguía escribiendo sin poder remediarlo; porque, si yo hubiera podido remediarlo, no hubiera escrito. Yo seguía escribiendo sin fe y sin esperanza.

Imagine V., pues, señora, qué consolación tan inesperada y grande fué la mía cuando averigüé que V. y su hermana se sabían de memoria no pocos versos míos. Vamos; estuve para perder el juicio de gusto y de satisfacción. Aquello fué como ver el cielo abierto.

Verdad es que la memoria de V. es un

tesoro de poesía castellana, y que, si se perdiesen todos los libros en que dicha poesía se conserva, V. podría dictar una colección selecta de lo mejor; pero esto, en vez de atenuar mi alegría y mi vanidad, las acrecentaba. El buen gusto de V. era evidente. No era extravagancia gustar también de lo que yo había escrito.

A fin de no ensoberbecerme demasiado, atribuí entónces la rara estimación de usted por mis obras á algo como afecto hereditario. Yo viví tres años en Nápoles en compañía del Duque, su padre de V. El Duque me quería, y miraba mis obrillas con singular benevolencia. Usted, sin duda, hace lo mismo, por imitar al Duque; impulsada y engañada quizá por el favorable concepto que la generosidad y el cariño como de padre, que el Duque me tuvo, le habían hecho formar de mí.

Sea como sea, yo estoy á V. agradecido con toda el alma. Miétras más viejo me voy poniendo, más ganas de escribir me van entrando. Yo no bailo. Yo apenas juego, porque casi siempre pierdo. Otras diversiones cuestan caras. Como soy corto de vista y algo torpe, no pesco ni cazo. ¿En

qué me he de entretener como no sea en escribir? Al fin, aunque lo escrito valga poco y produzca ménos, es entretenimiento barato, porque el papel de costeras de que saco mis cuartillas vale poquísimo, y no es cara aquella sustancia que encomió el poeta cordobés, mi paisano, diciendo que la eternidad tenía ilustre asiento en ella y más firme que los mármoles y los bronce.

Así, animado en gran parte por V., y persuadido ya de que hay alguna mujer que me lee, he trabajado en estos últimos tiempos, y he logrado más de lo que en mis sueños de gloria pude imaginar nunca. No me atrevo á creer que tengo un público, pero creo tener ya cierto número de lectores y aún de lectoras, si bien entre todos acaso no pasen de tres mil, esparcidos por la extensa superficie del globo que habitamos.

La facilidad de comunicaciones, de que se goza en el día, hace que hasta la producción más baladí recorra los países, atraviese las fronteras y traspase los mares, por donde yo, sin acertar en la vida á hacerme popular, me lisonjeo de haber acumulado dicho número de lectores.

Esto me basta para seguir escribiendo, sin

aspirar á más. Ya creo contar con álguien que me lea y que pague, á la larga al ménos, el coste de la impresion de mis librillos.

La codicia, no obstante, rompe el saco, como dice muy bien el refran.

Alentado yo por mi buen éxito relativo, me propuse, no hace mucho, convertirme en escritor popular y buscar aplauso y ganancia en el teatro. Escribí, pues, una zarzuela, tomando asunto de un cuento de las *Mil y una noches*; adornándole y bordándole con todos aquellos perfiles que más á propósito me parecieron; é imitando, á mi manera, los dramas fantásticos de Cárlos Gozzi, que él llamó *fiabe*, como *La dama serpiente*, *El rey de los espíritus*, y *Turandot, princesa de la China*, que obtuvo la honra de que Schiller la tradujese en lengua alemana.

Hablando con franqueza, cuando mi zarzuela estuvo terminada, yo me las prometí felices. ¡Qué ironía jocosa se me antojaba notar en toda ella! ¡Qué bien concertados disparates! ¡Qué versos tan lindos! ¡Qué novedad en todo! ¡Cuánto chiste ático y claro sin chocarrería! Lleno, pues, de con-

fianza, se la leí á varios peritos y á dos ó tres empresarios de los más famosos, atinados y previsores. Ninguno vió los chistes ni las lindezas que yo había creído ver. Poner en escena mi obra costaba además unos cuantos miles de duros. Era casi evidente que las gracias, que los empresarios no veían ni descubrían, estaban muy hondas, dado que existieran, y el público no había de ser bastante zahorí para desentrañarlas. Cruel golpe hubiera sido, pues, para mí el que por mi culpa se arruinase un empresario, gastando su dinero en decoraciones y trajes, y el que, en la noche del estreno, se anegase la máquina de mis ilusiones en un diluvio de silbidos.

Me llené de terror. Al maestro que me había prometido poner en música mi obra, le relevé de la promesa, y yo desistí para siempre de mi fugitiva pretension de ser poeta dramático.

No resolví esto ni por excesiva soberbia, ni por modestia y humildad tampoco. No lo resolví por modestia, porque mi zarzuela no me parece mala. Si me pareciese mala, no la publicaría. Y no lo resolví tampoco por desden y orgullo, aplicándome el

precepto evangélico que dice, *no echés tus margaritas á los cerdos*, porque sé muy bien que el público tiene un instinto infalible para adivinar lo bueno, y nada, por elevado que sea, deja de estar á su alcance. Noble testimonio de ello dan, por ejemplo, *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch y el inmortal y glorioso hermano de V. *Don Álvaro*.

Mi resolucion nació del pleno convencimiento de que, con toda independenciamiento de que, con toda independenciamiento del valor literario de un drama, se requiere para ser aplaudido una condicion de que yo carezco sin duda: se requiere cierta virtud magnética por la cual el poeta comprende el sentir y el pensar del público, en un momento dado, y se pone en consonancia simpática con dicho pensar y dicho sentir. Repito que carezco de esta virtud como de otras muchas, y esta virtud es el más esencial requisito para ser autor dramático.

Harto siento yo no serlo, porque siempre he creído que la flor más bella de toda literatura, el último y más espléndido brote del árbol del arte es el teatro. En él la poesía vuelve á ser objetiva por reflexion como en la épopeya lo fué por instinto. En

él caben todos los géneros, el lírico, el didáctico, el satírico y el narrativo, concurriendo á hacerle cifra de la poesía. La acción prevalece y da ser á todo. El poeta oculta su personalidad y hace hablar á sus héroes. El pueblo escucha y aplaude. Y no sólo aparece en el teatro la poesía en todos sus géneros y formas, produciendo una hechicera, ideal y fantástica representación de la vida humana, sino que, á fin de rodear y formar séquito pomposo á la poesía, acuden solícitas las demás artes, como siervas ágiles que se esmeran en engalanarla. La pintura, la escultura y la arquitectura levantan para ella palacios aéreos, erigen estatuas y monumentos ó fingen jardines amenos y bosques frondosos; la arqueología y la indumentaria le prodigan trajes, alhajas y muebles antiguos ó peregrinos; la música le da ricas melodías; y la danza le presta sus rítmicos movimientos, y aquella singular belleza, por quien la docta antigüedad la tuvo en tanta estimación, haciéndola como centro entre los ejercicios del cuerpo y las tareas y disciplinas del alma; poniéndola como mediadora y participante de cuanto crea la mente, que es la *música*, en

su acepción más lata, y de cuanto el cuerpo bien educado y robusto es capaz de hacer para mostrar su enérgica gallardía, que es la *gimnástica*. Y como todo esto se somete á la poesía, resulta que en el teatro es donde da y debe dar un pueblo adulto, fecundo y brioso, amplia muestra de su ingenio, y donde hace y debe hacer alarde brillantísimo de toda su cultura.

Siempre me ha repugnado la idea de que el teatro sea una escuela de moral. Y no por tenerle en ménos, sino porque me parece poco. ¿Cómo subordinar la poesía, que en ella misma tiene su fin, á un fin extraño, por sublime que sea? Además que, mirado el teatro como la más cumplida manifestación de toda la cultura de un pueblo, la moral entra, como lo restante, en la manifestación; y ésta no es sólo á manera de espejo clarísimo, donde dicha cultura se refleja, sino espejo de aumento y de mágico poder, en el cual no se refleja ella tal como es, aunque magnificada, sino limpia asimismo de manchas é impurezas, y hermosea y radiante de luz divina, en donde ya se columbra algo de los futuros ideales, si es que los hay.

Siendo tal mi concepto del teatro, imagine V. lo que me pesará de no poder escribir para el teatro; pero ¿qué le hemos de hacer? Dios no me llama por ese camino.

Esto no obsta para que yo, sin pensar ya en el teatro, haya querido escribir y haya escrito, además de la zarzuela, otros dos como cuentos dialogados, que doy, juntos á la zarzuela, en un tomito, bajo el título comun, y no me negará V. que modesto, de *Tentativas dramáticas*.

Una de estas *tentativas* se titula *La venganza de Atahualpa*; la otra, *Asclepigenia*. Ninguna de las dos, cada una por su estilo, es representable; pero ambas, y singularmente la segunda, son de lo ménos malo que he escrito yo en mi vida. La necesidad de encerrarlo todo en breve cuadro, y de callarme y dejar hablar á los personajes, me ha obligado á ser sobrio, á no divagar y á ir al grano siempre, como vulgarmente se dice.

A no pocos comentarios se prestan ambas composiciones; algunas notas tambien debieran ponerse al fin para la mejor inteligencia del texto; pero la desidia se ha apoderado de mí, y todo va sin comentarios y

sin notas. Que cada cual lo entienda como se le antoje. Sólo me atreveré á indicar aquí que en *Asclepigenia* hay mucho de alusivo que le da un interés de actualidad. El panteísmo místico de los alemanes, como Schelling, Hegel y Krause, se asemeja no poco al de los alejandrinos, cuyo último representante de valía fué Proclo; y la caída entónces de la filosofía tambien se puede comparar algo á la caída de la filosofía en estos últimos tiempos, en que los adelantamientos de las ciencias físicas y experimentales y la afición y el entusiasmo por el bienestar material han convertido la ciencia en positivismo. Sólo falta ahora una religion nueva que se levante sobre tanta ruina y traiga en germen en su seno una nueva y más poderosa civilizacion. El pesimismo ateo de Hartmann y de Schopenhauer, y las melancolías de Renan y los temores de Strauss, no prometen darnos la religion del porvenir ni nada que se le parezca. Estos señores son unos Budas cómicos y sin caridad, que por único consuelo á nuestros males nos ofrecen la muerte, y por único freno de crímenes y pecados el progreso futuro, que ya entreven, el cual ha de llegar á tanta per-

feccion, que habilite á los sabios para destruir el universo y acabar así con nuestras maldades y miserias. Dios quiera que tarden en conseguirlo, pues lo que es á mí no me parece todo tan pésimo.

Ya que estoy con la pluma en la mano, diré también, por si álguien no lo sabe, que en *Asclepigenia* todos los personajes son históricos, salvo Eumorfo y Crematurgo, y que á todos he procurado conservarles el carácter que en la historia tienen. Si á *Asclepigenia* la hago un si es no es desafortada, sin que conste, como ya no queda nadie de su familia, no perjudico á nadie. Y si á Atenais la llevo á vivir con *Asclepigenia*, no la ofendo, pues eran paisanas é hijas ambas de filósofos, por lo cual es natural que viviesen juntas en Constantinopla, habiéndose ántes conocido en Atenas.

Sólo me queda un escrúpulo; pero el escrúpulo ha acudido tarde, estando ya impresa la obra, y no se puede corregir el pasaje que le suscita: la desvergüenza con que *Asclepigenia* y *Atenais* murmuran de la santa emperatriz Pulqueria. Yo creo, sin embargo, que bien entenderá quien me leyere que *Asclepigenia* era una bribona,

que el ladrón piensa que todos son de su condición, y que no es extraño que ella se hiciese eco de las hablillas calumniosas de los nestorianos y de otros herejes, á quienes la santa emperatriz había perseguido.

Ningun autor es responsable de cuanta tunantería diga ó haga cada uno de los personajes que saca á la escena, y yo no debo responder de las murmuraciones de aquellas mozas insolentes. No es menester acudir á la vida que el Padre jesuita Contucci escribió de la emperatriz para respetar su limpia fama. Gibbon, con ser impío, la respeta, y en este punto no he de ser yo ménos que Gibbon.

En cuanto á la bella *Atenais*, todos convienen en que fué algo ligera de cascos: hasta el P. Contucci, á pesar de su circunspeccion. Lo que le hago decir del bello Paulino está, pues, en su lugar, tanto más que por culpa de la manzana, que ella le regaló, vino á sospecharlo todo el Emperador Teodosio II, y al bello Paulino le costó la vida, segun refieren las historias.

En suma, lo que importa más es que estas tres, que he puesto yo en diálogo, di-

viertan á quien las lea, ya que para el teatro no sirven.

Yo se las dedico á V. por mil razones, largas de poner aquí. Se las dedico á V., por ejemplo, porque V. tiene mucho entendimiento, y, como le tiene, trata con indulgencia mis obras, y porque deseo dar una prueba de mi gratitud al favor que V. me hizo, dejando por falso profeta á mi ilustre amigo difunto; aprendiéndose de memoria bastante más de media docena de versos míos, y desautorizando también á los críticos discretos, cuyas novias no pueden sufrir mis novelas.

Acepte V. mi presente, estimándole y tasándole, no por el valor que tiene en sí, el cual es mezquino, sino por la respetuosa y sana intención con que le hago, y con la cual estoy y estaré siempre deseoso de servir y complacer á V. como su amigo constante y agradecido Q. B. S. P.

JUAN VALERA.

LA
VENGANZA DE ATAHUALPA

LEYENDA EN DIÁLOGO.